

obstante que parece imposible hallarle causas que disculpen su yerro, todavía no con pequeño esfuerzo lo obscurece y deshace el haberse casado don Diego, según ya queda dicho, más por conveniencias de estado y materias iguales, que por confrontación de estrellas (hablo más claro), que por inclinación dulce de amor, y así, no sin razón bastante, pensó bien el que dijo ser infeliz el hombre que se casaba sin enamorarse primero de su mujer.

En efecto; insistiendo por ahora cuerdamente en huir la ocasión, no sólo el tierno mozo se esforzaba atrevido, mas juntamente solicitaba la cura y convalecencia de la enfermedad, pareciéndole que siendo así preciso el volverla á su casa, quitada la causa principal cesarían los efectos de su operación. Mas engañóse en esto notoriamente, porque apenas doña Elvira en salud, rindiendo con su madre humildes gracias y ofrecimientos, dejó su casa, cuando en la privación de su vista creció el fuego mayor de sus deseos, de quien dejándose vencer, precipitadamente cayó en un inmenso piélago de amor, y no obstante la cuerda resistencia, sometió la cerviz al fiero yugo, y la voluntad, libre y exenta, á una injusta tiranía que dominó en su alma, en sus potencias y sentidos; de suerte que, aun después de largos días y prolijos disgustos, fué necesario, para sacarle de tan duras cadenas, medios y fuerzas sobrenaturales y portentosas.

Llevó, pues, con tal solución la correspondencia adelante, visitando á doña Elvira y su madre, y ellas diversas veces á doña Aldonza.

CAPÍTULO XL

Presume el ciego amante contrastar á la honesta doña Elvira, valiéndose para ello de diferentes medios y caminos.

HALLÓ don Diego pobrísimo el menaje de su casa, las paredes desnudas, la sala sin estrados y, en conclusión, un grande y antiguo solar lleno de arneses viejos, de adargas rotas, de lanzas y banderas, trofeos honrosos del padre de su dama; pero en cuanto á lo demás, vacía de lo forzoso y necesario y aun de sillas en qué poder sentarse; con lo cual, pareciéndole camino para obligarla, trató de que secretamente se arremediase con larga mano tanta incomodidad.

Mas ya la hermosa doncella, cuando intentó estos medios, había penetrado por sus ojos lo interior de su pecho; porque aunque era niña y de corta experiencia, es tal la enfermedad de amor, que aun deja conocerse de los más incapaces; y así, con discrección y blandura, rechazó el recibir lo que otro día trajese tras de sí la paga ó una aparejada ejecución en su honra. Ejemplar puede ser este en las muchas ocasiones de nuestros tiempos, en quien no hay firme roca, no hay

castillo inexpugnable, que el interés no venza y avasalle; siendo esta dama (aunque noble) pobrísima, y por consiguiente, cargada de mayor pundonor y obligaciones, ninguna fué parte á torcer su propósito; antes, viendo que picado don Diego continuaba las visitas y que de ellas ni sus entradas ni salidas podía resultarle mejor crédito, por no perder el granjeado, trató de parecer primero descortés, y así, con tal intento, ó se negaba declaradamente, ó si alguna vez la cogía descuidada, con desabridos ojos daba á entender su poco gusto.

De esta manera vino á saber su amante el ruin efecto de sus cuidados y la mala acogida de su voluntad; con que perdiendo el alegría y aun la conversación de sus amigos, estuvo en poco de perder la paciencia. Había hasta aquel punto conservado el secreto; mas viéndose irremediable y falto de consejo para tomarle y consolarse mejor en tan ciega pasión, dió cuenta de ella á su mayor amigo, á un caballero de su misma sangre y con quien solía comunicar sus más arduos negocios. Y aunque don García (era este su nombre) procuré desvanecerla en los principios, ya afeándose la con la obligación de su nuevo estado, y ya dificultándole la empresa, viéndole firme en ella, hubo de ponerle los hombros, y de común acuerdo, juzgando por remedio el declararse y que esto fuese mediante otra mujer y con algún billete, sin mayor dilación lo dispusie-

ron. Porque don García buscó un valiente tercero, y tal, que ni la famosa Celestina ó Claudina igualaron sus obras, ni Tulio ni Demóstenes su perversa elocuencia; y así, don Diego, habiendo escrito según su motivo el siguiente papel, se la entregó en sus manos.

Papel á doña Elvira.

«Nunca entendí, señora, que del haber piadosamente reducido á mi casa el fuego abrasador de vuestros ojos, y deseando con tantas veras vuestra vida y salud, hubiera redundado todo en mi daño y perdición; pues es cierto que de uno y otro no sólo nacerá el incendio y ruina de mis cosas, mas juntamente, al peso de vuestra ingratitud, mis mayores desacuerdos y penas. Yo estoy, reconociéndolas tan impaciente, ó por mejor decir, falta de discurso, viendo cuán mal estimáis esta vida, que temo y muy en breve, si no mudáis estilo, hallarme arrepentido y pesaroso de haber (con la que os restauró mi propio brazo) dádoos armas y avilantez para tantos desprecios; porque aunque (como quien soy) confieso no merecer vuestros favores, por otra parte alcanzo que pudiéades moderar el desdén y conocer que me debéis la vida; y cuando esto no queráis entender, á lo menos, por fin de este papel, os ruego que siquiera creáis no ser buen camino reprimir el raudal de mi furioso amor con el

mayor incentivo de despreciarle. Respondedme resuelta y no de suerte que experimentéis el triste estado en que me reconozco; el cual es tal, que juzgo mil desdichas en mi crédito é irreparables daños en mi salud.»

CAPITULO XLI

Resolución de doña Elvira, su respuesta y ausencia.

POR cierto maravillosa muestra de un ciego, loco y desatinado deseo; y bien hace don Diego en llamarle furioso amor, porque semejante papel, tal discurso y palabras, que bien las escribiera menos que arrebatado del frenesí de su voluntad. Mas disculpémosle en alguna manera; no afeemos del todo la opinión de aqueste caballero; sírvale, pues, de excusa lo mismo que le sirvió de objeto y culpa; la furia de su amor, el incendio de su alma, las llamas vivas de sus deseos crueles y finalmente, la yesca, el incentivo poderoso de los desprecios y desdenes de su dama, la ingratitud de sus buenas obras, el olvido de tan grandes beneficios y mal conocimientos que, á su parecer, mostraba la restauración de su vida y ser.

Y si alguno dijere que estas mismas razones militan mejor en alabanzas de doña Elvira, pues sin reparar las atropella á todas por conservar-

se honesta, á esto responderé que no por otro inconveniente pintaron ciego el poderoso amor, y que así, ciegamente nuestro perdido amante, pudo mal conocer semejante verdad, tan mal ajustadas y bien digeridas causas, con que faltando en un sentido tan esencial fuerza es que había de dar en mil tropiezos y barrancos mayores. En fin, el papel se le dió á su dama por mano de la mujer que he dicho, en que no menos se mostró la ceguedad del que la envió; pues ya no era que el valerse de sujeto tan vil había de llorar afrentosamente doña Elvira. Mas, con todo, la cauta Celestina, con achaque ó propósito llegó á su presencia, y proponiéndola primero la fuerza con que temerosa y compelida de un mozo poderoso y arrebatado venía á tal diligencia, juntamente la propuso en su idioma el miserable estado en que se hallaba, las obligaciones que ella le debía y la facilidad y secreto con que podía hallarse brevemente riquísima y fuera de necesidades tan largas; y en conclusión, abrevió su plática pidiéndola leyese el billete y la resolución de su respuesta.

Había doña Elvira, desde que atendió á su razón primera, determinado en sí el dársela á la vieja tan áspera y terrible, que quedase por memoria de su atrevimiento sepultada en una asquerosa sima. Mas cuando llegó á leer el billete y en él á conocer tan ásperos discursos, tan nuevo estilo de enamorar y pretender, con mejor

acuerdo reprimió su enojo, y advirtiendo en el caso y aun en el mensajero, miró por sí y por las asechanzas y encantos suyos, y no hizo poco en esto; antes presumo que consistió en su recato su contento y salud; porque otra fuerza totalmente la niego á los hechizos; turban éstos el juicio, ahogan y ofuscan los espíritus, y como realmente, todos, á la corta ó á la larga, son venenos, quitan la vida; pero pensar que tocan en la voluntad libre, en el racional albedrío, es disparate indigno de escribirse, cuanto y más de creerse.

A este último fin, á esta, pues, desesperada medicina de sus deseos había ofrecidose la diabólica vieja; y así, por esta causa, más que por otra, y con el pretexto del billete que he dicho, se valieron de ella los dos amigos. Mas la virtuosa doncella, advertidamente dejó en vacío su intención depravada, no permitiendo la tocasen sus manos y despachándola en un punto con decir que don Diego viniese el siguiente día por la tarde y tendría su resolución y última voluntad por respuesta.

Y sin más esperarse, quedó aguardando á su madre, con la cual, enterada del caso, y previniendo este aviso, la dejaremos, volviendo á su abrasado amante, que habiendo oído de la tercera el despidiente, y creído por él que sus designios tomaban mejor rumbo, aunque alegre, siglos eternos juzgó los átomos de la obra asignada; en

quien con nuevas galas y mayor bizarría, se fué á la posada de doña Elvira, adonde, en vez de hallarla más amorosa y menos intratable, lo que halló fué la casa desembarazada, yermos los aposentos, ó al menos en su humilde pobreza, y en lugar de su dama, un escudero viejo por guardián; del cual, absorto y suspendido, recibiendo un papel con intrínseca pena de su alma, acabó de salir de su engaño y confusión leyendo en él estas razones:

«Si entendiera que por haber recibido de vuestras nobles manos la vida que reconozco por su hechura, se me había de pedir tan desigual recompensa, creed, señor don Diego, que primero me dejara morir mil veces que admitir semejante beneficio; fuera de que ni aun parece compatible querer por él vuestro generoso ánimo tan incomparable y mayor interés. Yo confieso que, como vos decís, sois justamente el acreedor de mi vida; mas no por esto podréis negar ahora que en pedirme por ella la misma honra, usáis conmigo de cruel tiranía; pues es llano que cuanto más participa aquélla de perecedera y mortal, tiene ésta de inmortalidad y estimación. Además, que ¿á qué mayor desdicha pudo reducirme mi muerte si es indubitable y certísimo que es afrentoso y desgraciado el día que se sustenta sin honor? Resuelta, pues, á perseverar en él y deseosa de satisfacer las buenas obras que me habéis hecho, he querido dejar mi tierra y desamparar

mi casa, para que, quitada con mi ausencia la ocasión de vuestras inquietudes, aunque tan á costa de mi sosiego, vos le tengáis, en tanto que peregrinando pobre y miserablemente llora mi alma esta malograda hermosura que á vos, por mí, tanto os ha divertido, y á mí, por vos, tanto mal hecho.»

¿Quién, pues, en este punto, supiera ponderar la locura y furor que se apoderó de este perdido mozo? ¿Quién el sangriento ánimo con que se puso en términos de quitarle la vida? ¿Quién en la opresión y enajenamiento de su espíritu? De mí puedo afirmar que no me atrevo; y así sólo diré que no fué poca suerte el haber escapado sin lesión de sus manos el anciano escudero, al cual, ya algo divertido el raudal de su cólera, haciéndole intrincadas preguntas, y conocido de ellas y sus respuestas que así mesmo su dama había dél recatado sus intentos y que no sabía de ella, de su madre y una criada que las acompañaba, volviendo las espaldas y buscando á don García le contó el suceso; y lleno de pasión reventó en mujeriles lágrimas parte del fuego que le abrasaba el pecho; mas no el llorar, en casos de tan irremediable amor, es injuria ó afrenta de los hombres.

CAPITULO XLII

Hace don Diego diligencia por saber de su dama, mientras ella procura huir de su presencia.

No se halló el discreto amigo poco indeterminable y ofuscado; y mayormente por la corta y dificultosa noticia de doña Elvira, dudó el remedio conveniente don Diego; mas viendo que su valor y sentimiento le había de reducir á alguna mortal desventura, deseando atajarla, ó por lo menos entretenerla, con sólo sus cuidados, divirtiéndolos con esperanza de salir presto de ellos; y así brevemente, por caminos y atajos, despachó á todas partes diferentes personas, diferentes espías y centinelas, que habiendo gastado muchos días sin fruto, se volvieron ayunos y sin saber particularidad ó circunstancia de aquello que buscaban, cosa que á los dos caballeros y aun en otro cualquiera pareciera imposible. Y no así credero es que tres mujeres, y de la calidad que he referido, se hubiesen ocultado y encubierto de suerte que con tan grande brevedad y prisa, como si se les hubiere tragado la tierra, así dejaron el rastro y la noticia; y así no sirvió de más la diligencia del buscarlas que dejar el secreto amor del infeliz don Diego al albedrío y gusto de semejantes hombres.

Y como su dolor impaciente crecía al paso que se le imposibilitaban, sin dilatarlo más, previniendo para su noble é ignorante esposa causa de obligación y achaques más forzosos, acompañado de algunos criados de su caro amigo, dió vuelta, en pocos días, á toda el Andalucía, gran parte de Castilla y Extremadura y corriendo la sierra, sin haber antes dejado ciudad, villa ni aldea sin inquirir, se volvió á Córdoba con no mejor noticia, pero tan sin esfuerzo y esperanza, que sin poderse ir á la mano cayó en una melancolía profundísima, y de suerte mortal y peligrosa, que se dudó en su buen juicio y se temió muy mucho su locura y perdición.

Porque no menos desdichados términos trujo su ciega voluntad á este caballero; y dóile tan tristes atributos por parecerme que no pudo hombre humano llegar á estado semejante, á desesperación tan terrible, á enfermedad tan incurable; sin que para excusarle de ella le valiesen su calidad, su sangre, sus riquezas, sus amigos y aun, sobre todo, ser persona de claro entendimiento y discurso, que es la más eficiente causa para reprimir tales afectos. Por donde mejor conoceremos nuestra frágil y bien frágil naturaleza y cuán breves y limitadas son las fuerzas y trazas de los hombres.

Un año y más se le pasó á don Diego en tan amarga vida, y aun sospecho que toda se la pasara así si el cielo no le abriera, y quizá para su

mayor castigo, el camino y luz que tanto había deseado y con tantas costas y trabajos buscado. Pero antes que á él le demos esta alegre nueva y que el lector se despene en ella, quiero yo dar también cuenta bastante de su hermosa dama, del lugar de sus asistencia y juntamente de los sucesos de su ausencia larga.

Y así bien os acordaréis que, según queda dicho, en recibiendo doña Elvira aquel billete, la dejamos dispuesta á tratar con su madre la última resolución de sus intentos. Dióla, pues, cuerda mente noticia de la pretensión de don Diego, de sus ofrecimientos, y últimamente del papel, cuyas razones libres y arrojadas les dieron bien claro á presumir el peligro en que estaban y el detrimento que corría su honor; con lo cual, juzgando por forzoso el prevenirse, y ayudando á su miedo la sospecha cruel en que además la puso la hechicera, justamente resuelta por fin de sus consejos, eligieron remedio, que sin duda hubiera sido suficiente, si la fortuna ó suerte de su amante no rodeara las cosas en su favor, y tan á tiempo crudo, que á tardarse más días el saberse de ellas, por lo menos en hallar á doña Elvira, fuera en diferente estado, y con tales arriños y respetos, que tuviera don Diego por preciso llorar su desengaño eternamente.

CAPITULO XLIII

Ampárase la honesta Cordobesa de un antiguo criado de sus padres, y allí impensadamente halla nueva inquietud y desasosiego.

HABÍAN, en este tiempo, las afligidas damas, antes de salirse de Córdoba, vendido una posesión que solamente les había quedado, con propósito de trazar con su precio algún empleo que las adelantase el provecho; y así, hallándose en la ocasión presente con el dinero, que sería mil ducados, facilitando su jornada, la dispusieron la noche de aquel día; y comenzada con secreto inviolable y en tres mulas ó cuatro forasteras que por ventura estaban en un mesón, cerraron por todas partes las puertas á la noticia y rastro de su viaje. Y de esta suerte, caminando las noches, al alba del tercero día llegaron al fin de él á un lugar apacible de hasta quinientas casas, en quien al levante de la sierra vivía en razonable puesto un antiguo criado de su casa, el cual, admirado de su venida y lastimado de la causa de ella, se arresolvió á ampararlas con su misma familia, y haciendo por su mano empleos del dinero y facilitándolos con su solicitud, pasaban las pobres señoras, aunque incómodamente, aquel honroso y voluntario destierro, con menos zozobras y temores; y esto con tan grande recato y advertencia, que pudieron, en breve, no sólo

granjear la estimación del pueblo, sino hacerse invisibles á cuantos ojos las buscaron.

Seis meses pasaron en estos intermedios, cuando, sin pensar en tal acaecimiento, se vió en no pequeña inquietud ni menor desasosiego la honesta dama; y mayormente siendo en la misma parte que ella había elegido para su receptáculo y custodia; pues, por lo menos, fué á hallar debajo de las propias almohadas de su cama un billete amoroso. Suceso que no tan solamente la dejó turbada, mas aumentó su pena y disgusto; tanto por el cuidado de otro peligro semejante al pasado, quanto por presumir de las razones del papel y de la ignorancia de su dueño, que de su casa misma, ó al menos de algún criado de ella, nacía la tercería de aquel atrevimiento. Y así, estimando esta sospecha en más que su pesar, sin esperar mayores lances, trató de mudar casa, y con excusa honesta, dejar la de su criado. Efectuóse todo, y pareciéndola que aún no estaba segura, no volvió en muchos días á salir á misa, ni la vieron en puerta ni en ventana.

Olvidábaseme escribir la continencia del billete, sus razones discretas y el propósito y fin á que se enderezaba. El cual, si leyó doña Elvira, no fué tanto curiosa quanto cuerda y prudente, juzgando convenir en sus cosas el entender y prevenir cualquiera inconveniente, y así, con semejantes pensamientos, abriéndole en aquella sazón, vió que decía las palabras siguientes:

Papel á doña Elvira.

«Mi buena suerte, ó mi mayor desdicha, porque uno y otro pongo en vuestras manos, me trujeron habrá cuarenta días á pasar mis estudios á esta aldea, seguro de que en el sosiego de sus soledades pudiera hallar ocasión que inquietara mi alma y divirtiera mis sentidos; de suerte que adonde presumí salir aprovechado en la facultad que profeso, he aprendido otra nueva doctrina, otros documentos de amor; y en vez de repasar leyes del reino, paso en la tiranía de las tuyas amargas horas y desconsuelos sin medida. Esta suma afición y barruntos bastantes de vuestra nobleza y honestidad incomparable, animaron este atrevimiento; si bien de lo primero no pretendo remedio contra vuestra honra; y de lo segundo, aunque soy caballero, puedo decir que aún me juzgo por indigno de vuestra sombra. Y de suerte reconozco esta verdad, que ni por noble sangre, ni por generosa humildad siento sujeto que os merezca; con que yo mismo vengo á ser el castigo de mis libres ojos y un abrasado estío de mi corta esperanza. Pero, no obstante, estará á todos vientos perdurable mi fe, ó ya haciéndome el cielo dichoso en vuestra gracia y respuesta, ó ya dejándome consumir en vuestro olvido é indignación.

DON JUAN DE ZÚÑIGA.»

CAPITULO XLIV

Impensada mudanza en doña Elvira, y las causas que más la originaron.

ESTE discurso breve y amoroso y aun igualmente cortesano y humilde, con la segura oferta, hicieron en el honesto acuerdo de la dama tan ruin efecto, que antes, puedo afirmar, sintió la traza de su arrojamiento como si se le hubiera hecho una afrenta; y así, atribuyendo á algún descuido de sus ojos ó á alguna mengua de su recato aquella libertad, reprimió sus salidas, acortó sus pasos y cerró sus ventanas, hasta que después de cuatro meses, pareciéndole que ya el incógnito amante habría vuelto á sus estudios, se dejó ver del mundo, dando más luz sus ojos desde aquel pobre albergue que los rayos del sol desde su esfera.

Salió á misa el disanto, llevando tras de sí las almas y dos mil bendiciones de aquellos rústicos; y, finalmente, sin pensar, en la iglesia (porque muy de pensado se le había puesto enfrente) vió de repente un mozo tan gallardo y bien hecho que pudiera hacer ruido en la mayor ciudad, cuanto y más en una aldea; en quien no sólo el hábito, mas el rostro agradable, hacía la misma diferencia que el lucero á las demás estrellas. Arrebatóle un espacio la vista de su presencia, y

tanto, que cuando cayó en su desmán, de empa-cho y de vergüenza cubrió el rostro de nácar y el manto hasta los pechos; pero aunque de su parte dió cárcel al deseo, la novedad solicitaba á los ojos, y éstos á la voluntad; y no sé si también anduvo inquieta el alma y aun deseosa de que fuese el dueño del papel referido semejante sujeto.

Mas con aquestas dudas y su acostumbrado encogimiento se volvió á su casa, no obstante que, tomándola primero la vuelta de la calle, antes de entrar en ella, se le volvió á ofrecer la misma persona, y haciendo con la gorra y el pecho humildes cortesías, de que aún más bien pagada doña Elvira en recompensa, levantó un poco el manto, y el galán prosiguió su camino, dejando aquel pecho de mármol con unos calofríos, que si no procedieron de amor, al menos creo que se inclinaron algo de su parte; porque lo que hasta entonces no le había sucedido, comió poco gustosa y durmió sin sosiego, y no sólo aquel día, sino otros quince, que, forzando animosa á sus propios deseos, quiso con remedios tan graves morigerarlos y rendirlos, si bien al cabo, ella se halló vencida honestamentey, sobre todo, ignorante en la causa.

¡Oh, cuántos razonables discursos propuso en este tiempo; cuántos protestos castos; cuántos honrosos medios, y con cuánta facilidad, tomando unos y tripulando otros, cuando quiso valerse

de consejo, se halló imposibilitada de él! Porque aunque más deseó reprimir sus ojos, volviendo otro disanto al mismo sacrificio, no sólo la fué casi imposible, más aún, dió avilantez á aquel mancebo para que, al volverse á su casa, la arrojase disimuladamente en sus umbrales un billete; el cual, alcanzando de ella, si en conociendo que era la propia letra del pasado le pidieran á albricias, diera su corazón, aunque no sé si ya se le hallaran en el pecho, porque los efectos presentes tiranizaban y oprimían lo mejor de él.

Holgóse sumamente doña Elvira coligiendo que el cielo tan á su honra y condición honesta abría la puerta á su remedio; pues siendo tal la calidad del sujeto, y según lo ponderado en el papel de ahora y el pasado, no podía codiciar su limpio intento cosa más á propósito, dueño más á medida de su deseo; y así, aun antes de darle el menor favor ni de imaginar la respuesta, llamando á aquel su criado antiguo y consultando el caso con su madre, propuso al uno y otro la pretensión de don Juan de Zúñiga; y advirtióles en su perseverancia, en sus dilatados desdenes, enseñó los billetes y el fin de su demanda, que era su casamiento. Con lo cual, dejándose informar del criado, que muy bien conocía al caballero sabiendo que lo era y natural de Ubeda, hermano de cierto mayorazgo, alimentado razonablemente y las grandes esperanzas de sus es-

tudios, con más sano consejo que hasta entonces acordó por buen medio el que para remate de sus trabajos la ofrecía su ventura; y así, con semejante presupuesto, se dispuso á escribirle, digo á responderle, estos breves renglones:

Doña Elvira á don Juan de Zúñiga.

«La primera vez que para escribir á hombre alguno he tomado con voluntad la pluma, quisiera mucho (señor don Juan) que creyérades es la presente y juntamente que, según tan exquisita novedad, estimárades el servicio que os hago; si bien antes de ahora no ha sido pequeño, en conformidad de mi encogimiento y recato el haber leído muchas veces vuestros papeles, y aun el crédito que he dado á sus razones. Y así, pues, ya sabéis estas verdades de mi pecho, y no ignoráis que soy tan rica de calidad y buena fama como pobre de bienes de fortuna, agradándoos tal dote, madre tengo, y vos deudos y hermanos que dispongan lo demás. Encomendadlo á ellos, pues ni mi estado pide otra cosa, ni á vos os está á cuento querer más que saber lo intentáis con mi gusto.»

CAPITULO XLV

Háblanse estos amantes, dispónense sus bodas, y suspéndelas, avisado con un acaecimiento peregrino, don Diego de Córdoba.

EL papel referido tuvo don Juan la misma tarde; porque poco cuidado bastó á ponerse delante, y saliéndose al pasear la calle de su propia lición; con que, fuera de sí, en leyéndole estuvo para hacer extremos locos; y, en conclusión, para abreviar con ello, tales réplicas, demandas y respuestas hubo de por medio, que doña Elvira se dispuso á hablarle; y con tan gran favor, si á don Juan le suspendían algunos inconvenientes (porque realmente quisiera que el casarse y las nuevas llegaran á su hermano á un mismo tiempo), fácilmente quedaron atropellados, haciendo al punto que dos criados suyos, huyendo el cuerpo á Ubeda, se partiesen á Córdoba, y en ella previniesen las galas, preseas y joyas más preciosas al caso; de adonde resultó todo su daño y el saberle el afligido y enamorado don Diego. Porque quiso su suerte que el oficial á quien lo encomendaron acertase á ser, no sólo el mismo sastre de su casa y persona, sino uno de aquellos que por orden de don García salieron en busca de doña Elvira; y así, apenas oyó ahora de los necios criados el nombre, señas y casa-